



Viva el turismo

Un trotamundos defiende el turismo como una forma de contaminación saludable. Convertida en una actividad económica rentable, cansada e inútil, aún es la mejor solución para huir de casa.

Pero olvídense de guías y mapas.

¿Por qué seguir recibiendo órdenes durante las vacaciones?

Un texto (zigzagante) de **Martín Caparrós**

El aire de los aeropuertos siempre es parecido pero nunca igual. Hay turbulencias: ya hace como treinta años que los aviones se han transformado en un medio de transporte un poco demasiado democrático, donde se mezcla gente que normalmente no se mezcla. En los aeropuertos, esperando aviones, hay abuelas que vuelven al país con su insistencia en no ser distinguidas: en la aceleración de los tiempos modernos no hay nada más plebeyo que una vieja con las piernas amorcilladas por el elástico de una media que le queda baja. O están sus hijas e hijos, trabajadores emigrados que

vuelven por un mes al país y se emperifollaron hasta lo último porque tienen que llegar mostrando que soportar los maltratos de los racistas les sirve para algo. Y jovencitas de curvas hiperbóreas con mochila, cuyos padres pueden echar al inmigrante de al lado con sólo escupir una vez en el suelo, y esos señores de trajes implacables que no precisan siquiera pensar en el esputo, y los gerentes que se van tres días al Caribe con la secretaría más pulposa so pretexto de una convención, y las secretarías menos pulposas que no consiguieron un gerente y se van de a tres al Caribe pero en cuotas. Hay equipos de fútbol que vienen de perder por 1 a 0, equipos que están seguros de que van a ganar por 4 a 1, pilotos que peinan sus canas con fijadores de *free-shop*, azafatas que se las peinan con cariño, niñas, señoras más que gordas, funcionarios de ongs tan compasivas, plantaciones de niños que lloran todos juntos, seis artistas de diversas artes, un traficante de coca que puede ser *any of the above*, el periodista que por fin se ligó un viaje, las madres con chicos que van a encontrarse con el padre después de tanto tiempo, y toda esa gente que se resiste a ser descrita. Siempre que subo a un avión los miro un rato y me digo qué raro, pensar que quizá nos muramos todos juntos.

Pero en general lo que sucede es que llegamos a otro aeropuerto, tan parecido. En los aeropuertos el aire es tan parecido y se habla inglés, que es el idioma que nadie sabe bien y todos saben y nos iguala a todos. El aire es siempre parecido pero no es igual, porque se mezcla demasiado con olores y colores locales. Entonces, para que haya de verdad enclaves, para poder ofrecer en el aeropuerto de Caracas un lugar cuyo aire sea exactamente

igual al del aeropuerto de Taiwán, se inventaron los salones vip. Donde van los pasajeros de las clases negocios o primera: los que antes monopolizaban los aviones y ahora se refugian en sus espacios bien cuidados. En los salones vip siempre están los mismos sillones, el mismo champaña y la misma cocacola, las mismas nueces y los canapés, las mismas revistas, los mismos teléfonos para cerrar grandes negocios, los mismos ventanales con aviones y la misma gente, los que pagan y sobre todo los que pertenecen a una empresa que paga mucho para que su gerente viaje como si no viajara. Y el aire en esos salones es siempre igual: limpio, purificado, tan transparente, con ese olor de no tener olor, un poco frío, el aire de un auto norteamericano nuevo: la idea que se hace mi amigo Rajiv, un mendigo de Bombay de doce años que me contó su vida como si tuviera ochenta y cuatro, del aire que tienen los ricos en ese lugar lejano donde viven y que se llama –le parece– Nueva Work.



Hubo un tiempo en que parecía cosa de norteamericanos, pero fueron los ingleses quienes inventaron el turismo. Se les ocurrió casi sin querer, como todos los demás deportes de masas, y a principios del siglo antepasado. En esos días la revolución industrial les había dejado –a unos pocos– tiempo, dinero y ganas de irse de su pueblo gris lleno de chimeneas. En esos días, además, Napoleón acababa de perder la guerra y Europa se transformaba en un continente apacible, sólo perturbado por alguna revolución de tanto en tanto. En esos días los jovencitos de buena familia descubrieron el viaje de egresados: cuando salían de Oxford o de Cambridge se tomaban un

par de años para recorrer Europa con lujo de detalles: era el *Grand Tour*, y ellos eran los primeros *tourists*. Pero viajaban raro: cuando lord Byron, el primer turista famoso, se fue a ahogar a los Dardanelos, llevaba un séquito de cinco sirvientes y una recua interminable de valijas.

No hace mucho que se supone que viajar es un placer. Antes, en general, se viajaba para traficar, conquistar, huir, peregrinar o buscarse otro país cuando la vidita en el propio se iba poniendo turbia. Y el viaje era, más que nada, una amenaza, un riesgo. De hecho, la palabra inglesa que significa viaje –*travel*– viene de la palabra francesa *travail* –trabajo– y significaba, al principio, como la francesa, los trabajos del parto: el primer viaje.

–Uy mami, mami, si esto sigue así, dentro de nueve meses nos vamos a tener que ir a Disneyworld.

–No te preocupes, nena, que de ahí sí se vuelve.

Mucho después a aquellos señoritos tan *british* se les ocurrió que el viaje era un placer y que era, además, muy formativo. Pero el turismo internacional de masas, su hijo bobo/pródigo, no apareció sino hasta los años cincuenta, cuando los norteamericanos aprovecharon ciertas consecuencias de la Segunda Guerra Mundial: su dominio del mundo, la mejora en los grandes aviones de transporte y la potencia del dólar en una Europa empobrecida. Fue en esos años cuando el pantalón bien *cuadrillé*, el chicle y la mejor ignorancia se hicieron estandarte: si era martes debía ser Bélgica. Después, en los sesenta y setenta, el fenómeno se fue difundiendo. En esos días los japoneses empezaron a ser los nuevos gringos. Había tantos y eran tan folclóricos, todos con sus gorritos iguales para no perderse, que resultaban casi ofensivos. Eran aquellos que se bajaban del microbús para sacarse rápido la foto junto a la torre Eiffel y constatar que habían estado allí: nunca estaban seguros, pero creían en la fotografía.



En estos días, el turismo es una de las actividades económicas más importantes del mundo: setecientos millones

de personas toman, cada año, vuelos internacionales: es decir que en el mundo hay ahora, en este preciso instante, unos quinientos mil sujetos en el aire. Y doscientos doce millones viven del viaje y el turismo: el tres por ciento de la población mundial, poco más o menos. El turismo recaudó, el año pasado, casi cuatro billones –en castellano, millones de millones– de dólares, bastante más que el producto bruto de los cincuenta países más pobres. Pero además el turismo es una de las áreas con mayor crecimiento. En estos años la explosión turística va a terminar de cubrir el mundo: llegar a las regiones que hasta ahora se habían quedado afuera. La caída de las barreras políticas es un dato importante, el abaratamiento de los viajes también influye mucho, y el salto tecnológico es central.

–¿Y vamos a tener que ir en avión?

–Sí, nena, claro.

–Pero, mami, qué antiguo.

El salto ya es notable, y lo va a ser más. En diez años, los trenes a quinientos kilómetros por hora van a ser corrientes en los países retrógrados que todavía tienen trenes, y la próxima generación de aviones supersónicos podrá llevar trescientas personas de Londres a Tokio en tres horas. Los barcos, en cambio, seguirán su tendencia a convertirse en





Para verlos disfrutar
con total tranquilidad...

Repelente

PREMIER®

FORTE



**PROTECCIÓN
SEGURA Y EFICAZ**
contra picaduras de
zancudos y mosquitos



Farminustria

Av. César Vallejo 865 • Lima • Lima 14 • Perú. Tel.: 221-2130

ADVERTENCIAS: No ingerir. Evitar el contacto con los ojos. No aplicar sobre heridas o piel dañada. Mantener fuera del alcance de los niños.

hoteles flotantes y, para eso, tienen que flotar cada vez mejor: entre los más nuevos descollan unos horribles catamaranes gigantes que, según dicen, se van a mover mucho menos que una torre de Belgrano.



Cuando se habla de turismo en realidad se está hablando de todo: también de los viajes de negocios para señores siempre de traje, siempre señores, que consumen las clases altas de los vuelos, los hoteles de cinco estrellas y los restaurantes de catorce tenedores, que se esfuerzan por ser todos iguales, donde quiera que estén. Son los que viajan como prín-

Serán turistas, aprenderán el duro oficio del turismo. La Real Academia Española dice que turismo es la «afición a viajar por el gusto de recorrer un país». Hay, por supuesto, turismos de muy diverso tipo. El más fuerte, pese a todos los ataques –el Club Méditerranée se hizo famoso en los setenta con un slogan que decía «Venga si no quiere tomar sol, idiota»–, sigue siendo el de febo con agua salada y una libra de carne, si es posible humana. Después, claro, está el cultural: ir a conocer. Para el turista, que en su país ignora felizmente lo que pasó hace cuarenta años, en el país visitado los tiempos se mezclan con alegría y le importa tanto el siglo XII como la mentalidad actual, que es tan distinta de la nuestra, ¿viste? Mientras, sobrevive la forma más



No hace mucho que se supone que viajar es un placer. Antes, en general, se viajaba para traficar, conquistar, huir, peregrinar o buscarse otro país cuando la vidita en el propio se iba poniendo turbia. Y el viaje era, más que nada, una amenaza, un riesgo

cipes modernos porque nunca pagan lo que gastan: las facturas de viaje son el segundo rubro de gastos en muchas compañías, después de los salarios. Pero el mercado que está en expansión incontenible no es éste, sino el de la clase media de los países con clase media, y su gasto en turismo de masas pagado de su propio bolsillo y en cómodas cuotas.

Hay, para empezar, una gran expansión de la clase media en el mundo: en estos últimos años ha aparecido un sector consumidor en el Asia –Sudeste, China e India, más que nada–: unos quinientos o seiscientos millones de fulanos dispuestos a gastar, entre otras cosas, en turismo. Así que, para seguir, es probable que los próximos invasores todavía nos parezcan japoneses pero ya no lo sean.

antigua del turismo: la peregrinación, bajo forma de viaje a los Santos Lugares como Jerusalén o La Meca, o también las visitas a barbados gurúes, indios de preferencia. Y está el turismo sexual, cuya meca está en Bang-cock, que atrae a modo de imán no muy férreo a caballeros de medio planeta –y quizá haya que incluir en este rubro las lunas de miel. Y los viajes para cazar y pescar en santuarios naturales más vírgenes que la mamá María, y el turismo gastronómico –con bebidas incluidas–, melómano –en traje de noche, bien sur o con tachas rockeras–, deportivo –para ver y jugar–, de compras –casi todos–, político –así conocí Chile, en 1971, de la mano de mi madre–, nostálgico –el de esos veteranos que vuelven, ahora, a reconocer las selvas de Vietnam– y tantos más.

Uno de los últimos –y seguramente el que más crece– es el turismo de aventuras: nuestros contemporáneos hipercivilizados deciden despojarse de la máscara de la modernidad y se van a caminar por el Tibet o la *rainforest* más lejana de su domicilio, cual tarzanes en flor. Esa manera de turismo te vende la idea de que vas a llegar a lugares que el hombre no ha arruinado, y me parece el indicador de un cambio fuerte en nuestra idea de nosotros mismos: si los primeros *tourists* –aquellos inglesitos– podían hacer millas y más millas en sus diligencias para ver todo lo bueno que habían hecho ciertos hombres –catedrales, castillos, ruinas varias– ahora los más sofisticados están dispuestos a avionetas, canoas y fortunas para sentirse lo más lejos posible de cualquier presencia humana. Es un dato fuerte sobre la idea que la humanidad ha conseguido hacerse de sí misma.



Hay una historia que ya se me ha vuelto un clásico personal: una mañana, en un ómnibus que iba de Madrid a Segovia, una parejita de argentinos charlaba en el asiento de atrás. Por lo que decían era evidente que habían llegado a Madrid dos días antes y que ya «habían hecho todo Madrid». Así que ahora iban a hacer Segovia y mañana, Toledo. Pero ella estaba cansada y se quedaba por momentos dormida. Él, preocupado, la sacudía y le gritaba:

–¡Despertate, Mabel, no te duermas! ¡Disfrutá del paisaje, Mabel, disfrutá del paisaje!

El turismo más tradicional, aquel en el que se piensa primero, es un recorrido esforzado por ciertos lugares «que hay que ver». Es el de los pioneros, pero dicen que en poco tiempo la tecnología ofrecerá soluciones más astutas: dentro de cinco o diez años cualquiera podrá hacer un *tour* de realidad virtual por Amsterdam o Machu Picchu sin salir de su barrio. El trabajo del turista actual no siempre es muy distinto.

El turista va a tal lugar y tiene que ver todo, es decir: lo que ya sabe que había que ver sin falta. Me parece que desde la Biblia y el Lerú de historia de tercero pocos libros han sido tan respetados, tan religiosamente seguidos como las guías de viajes, que dan datos taxativos –dos estrellas, tres soles– sobre lo que importa y lo que no importa ver. Pero aun cuando uno no las siga, el prejuicio de que al llegar

a París hay que ver Notre-Dame y el Louvre forma parte de cualquier cultura general. Y es probable que no sea malo verlos, pero así uno se hunde más y más en el viaje virtual: ir por los lugares por los que ya sabía que iría, evitar al máximo cualquier sorpresa posible: reconocer lo previsto, en lugar de ver y conocer.

Es duro: la obligación convierte el turismo en un trabajo agotador. Hay que caminar y caminar para «no dejar de hacer» ninguno de los lugares que necesitan ser hechos y rehechos, reconstruidos sin cesar por la mirada del turista –y su Nikon de bolsillo. Hay que hacerlo: no completar el recorrido de los lugares marcados con cinco pendorchos en la guía es como no haber ido nunca a la ciudad. O peor: como haber ido y haber fracasado.

Yo llevo años fracasando, probando sin éxito diversas tácticas contra el viaje virtual. La que mejor me resulta es la del colectivo aleatorio. Cuando llego a una ciudad suelo tomarme el primer día para tomar colectivos. Me subo al primero sin mirar adónde va y en algún punto, por lo que sea, me bajo, camino un rato y me tomo otro sin mirar adónde va, y en algún punto, por lo que sea, me bajo, camino un rato y me tomo otro, y así. Así llego a lugares de verdad imprevistos –algunas veces, es cierto, molestos– a los que no habría llegado jamás si hubiera pensado adónde ir.

Es casi un lugar común hablar mal del turismo, y yo no estoy dispuesto. Hay incluso cambios sociales importantes que le deben algo. En la España de Franco, por ejemplo, todo empezó a desmoronarse cuando la llegada de esas rubias que los locales llamaban genéricamente «suecas» acabó con la rigidez y cerrazón de las costumbres. En Cuba, últimamente, estuvo pasando algo parecido. En un cuento de Ray Bradbury, una empresa organiza viajes al pasado lejano: llevan a un grupo de turistas al período terciario, pero los hacen caminar por una alfombra que levita a medio metro del suelo. Les explican: no pueden interactuar con el entorno porque cualquier cosa que cambien podría modificar el devenir del mundo. Un turista, sin querer, aplasta y mata a una mariposa. Más tarde, cuando vuelven al presente, toda la evolución ha variado y el mundo es una monstruosidad incomprensible. Siempre en cualquier viaje hay, de alguna manera, pisotones y mariposas muertas. Y eso es lo bueno y lo malo de viajar, supongo. ★